

©2003, Armando M. Vizcaíno Ariza  
[www.armandovizcaino.es.mn](http://www.armandovizcaino.es.mn)  
[www.galeriadelibros.galeon.com](http://www.galeriadelibros.galeon.com)

## MÍSTER INODORO

Cuando el bullicio de los empedernidos bebedores y la estruendosa e insoportable música del altavoz hacen del ambiente una monotonía caldeada de vicios, una mujer embarazada bajo una alharaca de maldiciones, mira distantemente como tratando de escapar de un fantasma. Se queda un rato silenciosa y luego adopta un tono de sabiduría aprendida a hachazos.

Lleva además un niño en sus brazos y se nota demasiado agotada por el peso, al que se le suma un desteñido bolso completado con cordones de zapatos porque no cierra ante la cantidad de chécheres y trapos viejos que lleva dentro.

El cansancio insoportable le obliga a hacer un alto en el camino, y tomando aire venido de la suave brisa que penetra a través de la claraboya, mira desesperadamente para todos los lados dando muestra de querer llegar pronto a su destino; un rincón demasiado estrecho y descuidado donde a duras penas penetran los débiles destellos de una bombilla impregnada por completo de polvo y que colgaba milagrosamente de un basto listón de madera que sostiene el inalcanzable techo de aquella rustica vivienda, con balcones vulgarmente

iluminados con luces de colores, paredes de ladrillo y cal que han perdido la piel, dejando ver completamente sus piedras porque los muros son de otro tiempo. Allí funcionaba el barahúndo establecimiento de bebidas alcohólicas y en donde sólo quedan remotas sombras de lo que era un antaño.

Del pequeño cuartucho un hombre sudoroso y con gesto de enemistad, sale a toda prisa apresando en su boca un cigarrillo de fabricación casera para mitigar su soledad, se hace a un lado dejando el camino libre a la desesperada mujer, quien irresponsablemente abandona al bebé tirándolo en el mugriento piso, se desnuda por completo y posando sus duros saltones glúteos sobre el borde del harapiendo inodoro, comienza verdadera romería.

Vociferando una lluvia de palabras obscenas, subidas de tono, fumando a montón cigarrillos de pésima calidad, tirando las colillas y salivazos dentro del bacín. Comienza a espantar desesperadamente al pelotón de zancudos que furiosamente revolotean a su alrededor, abanicándolos con su harapiendo vestido.

Después de machacar a un enjambre de coquetas cucarachas acantonadas dentro del inodoro con sus largas y lánguidas piernas, comenzó a patear la base del inodoro dejándolo impregnado de excremento, luego gimió enardecida, al expulsar los residuos, y se sumergió en un mundo de falacia.

Refugiada en el incómodo cuartucho, escuchó con sorpresa una voz fuerte y varonil salida de lo más profundo de la cañería hablándole irónicamente: - Hasta cuando tendré que soportar las humillaciones y desplantes de ustedes humanos irresponsables, le he observado señora malhablada de modales incorregibles, y pienso que es una bestia renegada y desmedida en sus actos.

- Hubo una época cuando mi amo, hombre de paradójica y reveladora sensibilidad que desde muy temprana edad iba con su padre a cazar caimanes rebeldes a una laguna rodeada de inmensos bosques. Allí entro los hermosos paisajes llegó a tener, incluso, su propia casa que pasado un largo tiempo canjeó por este miserable establecimiento construido en un lugar inadecuado, fácilmente inundable, pues el terreno era utilizado para el cultivo de arroz y recibía el influjo de aguas de represas que existían anteriormente en los patios contiguos y no pasó mucho tiempo cuando ocurrió una inundación donde los moradores del sector no alcanzaron a salvar nada, perdiendo sus inmuebles.

Muchos machos malhumorados salieron muy temprano por la mañana a bloquear los pedregosos caminos por donde transitaban a diario los automotores para llamar la atención de las autoridades. El agua aún estaba bordeando las terrazas de las viviendas y cuando regresaron de la infructuosa expedición, ya las casas estaban completamente inundadas, a muchos solo se les veía los caballetes.

Después del desastre vinieron las enfermedades y todo se convirtió en un caos humano. Mi amo tuvo que bregar fuertemente al lado de sus huevones trabajadores para recuperar a paso de tortuga, los chécheres que la turbia corriente había enterrado en el lodo.

Con el paso del tiempo llegaron a este pueblo miserable traga espadas de ferias, buhoneros y humildes comerciantes de paso a rueda de carro de tracción animal en busca de oportunidades, engrandeciendo aún más el desempleo y agradando el vicio y el robo.

Una tarde cuando mi amo caminaba aburrido por la playa desierta donde sólo se escuchaba el suave susurrar de la brisa fresca golpeando lentamente contra las rocas, el ruido del motor de una lancha como un aliciente que acaricia y estimula las ganas de echarse a dormir la siesta, el frenazo repentino y el rechinar de metales que saca de la modorra a los pasajeros que se cabeceaban en los vagones al ritmo de la primera locomotora que atraviesa en rieles el pueblo donde los pocos comensales observan atónitos los sacudones del corcel brioso que la locomotora da por fuera de los envejecidos maltratados rieles; se halló casualmente con un bacán. Un cachaco costeñizado que mira más allá de la esencia de la vida, y quien de inmediato le invitó a un restaurante de mala muerte donde el mondongo lo regalaban porque era comida para perros callejeros y holgazanes.

Allí el sujeto le ofreció al amo la venta de este humilde servidor, robado en una bodega de la ciudad y traído camuflado en un camión entre bultos de harina, a un bajo costo: lo equivalente a una porción de marihuana.

Pasado el tiempo era instalado en este cuartucho horripilante donde la soledad se hace irremediablemente desesperante. Sobre mi boca se sientan cómodamente cuando la mierda los apura, diferentes personalidades, desde los parroquianos melindrosos hasta los forasteros sin escrúpulos como el sujeto obeso que llegó una noche procedente del interior del país; tipo cochino y malhablado de jopo embustero que no expulsaba nada de excremento a pesar de los pujos y esfuerzos que hacía, y quien después de soportarle su barrigón de manteca, sus descomunales glúteos, los salivazos y orines contaminantes, tranquilamente se puso a reparar una moto de alto cilindraje ayudado por un voluntario maníaco que agarra una vasija repleta de aceite de motor, y narrándole fabulosas fábulas de la vida social irresponsablemente me lanza todo aquello.

Pero el colmo de mi amarga existencia fue el día que llegó un maricón acompañado de un holgazán mamagallista que toma la vida folclóricamente, completamente borrachos dando tumbos con todo lo que encontraban a su paso.

El insoportable sodomita, con su mezcla extravagante de debidas alcohólicas en su deteriorado estómago, me arrojó un vómito de tal forma que tuvo la mala suerte de extraviar su dentadura postiza en el fondo de mi taza, entonces inició una serie de arrebatos y maldiciones incontrolables, al tiempo que arremetía a punta pies contra todo lo que hallaba a su alrededor. Poco después cuando le hubo pasado un poco los rigores de su ira, exigía al administrador y dueño el negocio el pago inmediato de una indemnización por la pérdida de su aparo personal. Y mi amo que no es ningún pendejo traga entero, porque de idiota no tiene ni un solo pelo, lo corrió a patadas y a puñetazo limpio la calle.

El maltrecho maricón, con su orgullo pisoteado, juraba en voz alta vengarse de aquella "masacre" a que fue sometido y cumplió su promesa, a las pocas horas regresó con un tipazo malagente de carácter indomable a quien sobornara para que aprovechándose de su calidad de inspector, recién desempacado del cargo, sin ninguna excusa convincente tuvo el cinismo de sellar para siempre el establecimiento.

Pero una noche regresó el corrupto inspector y luego de embriagarse con una botella de licor obsequiado a regañadientes por el amo, se envenenó ingiriendo un frasco de insecticida y aquí me tienes con la virtud del que sufre con resignación y puedo manifestarle que me siento profundamente conmovido y honrado con la distinción que esta humanidad vanidosa le otorga a quienes verdaderamente le han servido por años, y para bien de muchos le seguiré

sirviendo calladamente hasta que se presente un inoportuno sinvergüenza y me deje eternamente inhábil.

La mujerzuela despertó azorada y confundida en medio de una alharaca de maldiciones vociferadas por una multitud airada de hombres desesperados quienes esperaban turnos de pies a un lado de la destruida puerta.

Apenada y un poco confusa, olvidándose de ponerse su harapienta pantaleta, la hembra rápidamente se puso el vestido, agarró el bebé por un brazo y salió corriendo velozmente del lugar un sujeto mal parecido mellado, recogiendo el desteñido bolso que dejara olvidado en suelo la aturdida señora, se acomoda sobre la boca del "Mister Inodoro".

**FIN**